

La Sección Femenina de Falange en Albacete, de hecho, encontró su razón de ser en estos días, pues encargada de organizar el Aguinaldo de la División Azul (cuya recaudación alcanzaría las 200.000 pesetas), sus afiliadas dedicaron largas horas a tejer ropas de lana que enviar a los soldados. La Delegación de Excombatientes trabajó para procurar que las familias de los soldados recibieran los pagos que les correspondían. En Albacete, los voluntarios inscritos en la División y que finalmente no se habían marchado con ella fueron encuadrados en una “centuria de honor”, antes incluso de que regresara ningún verdadero combatiente del frente. Este tipo de actividades de movilización y prácticas simbólicas, que habían sido la nota dominante de la vida en la retaguardia franquista durante la guerra civil y habían repercutido positivamente en el proceso de consolidación del apoyo social a la sublevación militar hasta 1939 (Alcalde, 2010), al fin se conocieron en esta región. Aunque se trataba de una experiencia de guerra en retaguardia muy diferente, de un impacto más limitado por la lejanía de aquel frente ruso, y no todo el mundo compartía el sesgo político falangista de la División, es cierto que las noticias de la guerra en el este se siguieron con interés en Albacete. El impacto que causó la noticia de las tres primeras muertes de albacetenses de la División Azul, que había entrado en combate desde octubre, fue solemne: uno de los “caídos” era Dionisio Acebal Luján, hijo de una conocida y acomodada familia albacetense; en el triple funeral celebrado el 31 de diciembre, según señaló el informe de Falange, “el pueblo todo se unió al dolor de sus familiares cerrando el comercio y llenando por completo las naves de la Iglesia Parroquial de San Juan”¹⁵.

La “cultura de guerra” franquista empezaba a impregnar la sociedad albacetense a través de su vertiente más macabra, el culto a los “caídos” cuyas muertes siguieron conociéndose como un goteo incesante. Como ocurría en todo el país, donde también se recibían con estupor las listas de muertos, se impuso una mística de la muerte destinada a legitimar la carnicería; la División Azul, como señala Xavier Moreno Juliá, se erigió en “símbolo de sacrificio, y sus muertos, en paradigma de éste y, a la vez, en elemento de cohesión de la colectividad” (Moreno, 2009). En enero y en febrero de 1942 hubo más funerales en la capital, orquestados por la Falange, que

¹⁵ AGA, DNP, c. 51/20544, partes de agosto, octubre, noviembre y diciembre de 1941.